

X.

El manuscrito.

(Continuacion.)

¡Oh! mi muy amado Jacobo, acabo de presenciar un hecho tan horroroso, que en mucho tiempo no saldrá de mi pensamiento.

Ya te he dicho que habito en una casa de la calle de Gres.

Esta calle desemboca en la de Monssieur-le-Prince, la que conduce á la de la Escuela de Medicina.

Esta noche se ocupaba Jacinta en poner la mesa para servirme la cena, cuando escuché un gran tumulto en la calle, y en medio de los gritos de ódio y de cólera que llegaban hasta mí, pude oír:

—¡Los girondinos! ¡Los girondinos!

Sabia que Vergniaud y Valazé habian sido presos. Creí que se habrian hecho nuevas prisiones, y á pesar de lo que me habia dicho Danton, me parecia verte en manos de los gendarmes arrasrado, destrozado, despedazado por el pueblo. Bajé como una loca, me precipité en la calle y corrí hácia donde corrian los demás.

Una gran multitud estaba detenida enfrente de una casa grande y triste de la calle de la Escuela de Medicina, núm. 20 (hoy 18), y que está paralela á la de la Torrecilla, que hace esquina.

Las amenazas, los gritos furiosos se cruzaban; las voces de asesinato y muerte volaban por el aire. Todas las miradas estaban fijas en las ventanas del primer piso; pero las cortinas estaban corridas y nada podia verse desde la calle.

De repente se abrió una de las ventanas, y una mujer pálida, desmelenada, furiosa, manchada de sangre, apareció gritando:

—No hay esperanza. ¡Está muerto! ¡Ha muerto el amigo del pueblo! ¡Marat ha muerto! ¡Venganza... venganza!

—¡Es Catalina Evrard! ¡Es madama Marat! gritó la multitud.

Y quiso forzar la puerta, defendida por dos centinelas.

En medio de este alboroto oír dar el reloj; eran las siete.

Los centinelas hubieran sido arrollados sin la llegada del comisario de policía, acompañado por seis hombres que habia tomado en el cuerpo de guardia inmediato.

Un peluquero apareció al lado de aquella desgraciada criatura, que continuaba gritando y retorciéndose los brazos.

—Mirad, dijo blandiendo un cuchillo ensangretado; mirad, este es el cuchillo con el que ha sido asesinado.

—Los girondinos han sido. ¡Viene de Caen! ¡Desgraciada! ¡Ellos la habrán enviado para asesinarlo!

Por la ventana abierta penetraban las miradas, y nuevas exclamaciones se dejaron oír.

—¡Oh! ¡Ya le veo!

—¿En dónde?

—En el baño.

—¿Muerto?

—Sí; tiene los brazos colgando y está cubierto de sangre.

Despues, lo mismo que las ráfagas del viento, pasaban las voces furiosas que gritaban:

—¡Muerte á los girondinos! ¡Muerte á los traidores! ¡Muerte á los amigos de Dumuriez!

La multitud cada vez era más compacta, y yo empezaba á temer que me ahogaran, y viendo que tú no corrias ningun riesgo y que no se trataba de tí, buscaba una salida para escapar, cuando sentí una mano que se posaba en mi hombro.

Me volví y reconocí á Danton.

—¿Qué haceis entre esta multitud? ¿Quereis que os aplasten?

—No: le contesté en voz baja; he oido gritar ¡muerte á los girondinos! tuve miedo y corrí á saber lo que era.

—¿Está muerto realmente? me preguntó.

—Parece que sí; esa mujer al abrir la ventana ha anunciado su muerte al pueblo.

—Esa muerte es un gran acontecimiento, dijo Danton, y ella nos hundirá de nuevo en sangre.

—Pero me parece que el que la pedía era Marat.

—No; empezaba á cansarse. Vendrán otros que tomarán su copa vacía y que á su vez la llenarán. La muerte de Marat, hija mia, podeis creer que será la causa de la nuestra.

—¡La vuestra! exclamé.

—Sobre todo la mia. Este hombre estaba colocado entre Robespierre y yo. Robespierre le atacaba á él cuando no se atrevía á tocarme á mí. Ahora Marat no existe, y vamos á encontrarnos frente á frente el incorruptible y yo. No hay nadie que pueda parar los golpes. Es preciso que caiga uno de los dos, y sea el que quiera, concluye con la república. Volvereis á ver á Jacobo Merey más pronto de lo que yo creía, hija mia; entre tanto, ¿deseais ver á Marat?

—¡Gran Dios! ¿qué me proponéis?

—Haceis mal en no verle: es un espectáculo curioso, que no volvereis á ver nunca. Dicen que le ha asesinado una jóven de vuestra edad y tan bella como vos.

—¡Una jóven! exclamé; eso es imposible.

—¿No creéis en las mujeres fuertes, en Judit, en Jahel?

—¡Una jóven! ¿Qué motivo puede haberla impulsado á cometer ese atentado?

—El amor á la pátria; ha visto que Francia ha hecho dimision y se presenta en lugar de Francia. Venid, venid, estoy seguro que no os arrepentireis.

—¿Pero entrareis vos?

—Como entran en este momento Drouet, Chabot y Legendre: entraré como diputado.

—¿Y yo, cómo entraré?

—Entrareis del brazo de Danton. ¡Oh! Antes de que caigamos Robespierre ó yo, todavía tenemos que crecer uno y otro; es positivo.

Danton hizo un movimiento para llevarme; me estremecí.

—¡Oh! Jamás; le dije.

—Pues yo quiero que podais describir este espectáculo á vuestro ó más bien á nuestro amigo, cuando ni Robespierre ni yo podremos referírselo.

Me dejé llevar; sentía una curiosidad irresistible.

Sin embargo, al llegar á la puerta hice un esfuerzo para escapar á mi conductor.

—Bueno, dijo Danton riendo; aunque no sea más que para asegurarme, si no me engaño, que hay en el mundo hombres más feos que yo.

Seguí á Danton. Sabía que lo que iba á ver era horrible; pero lo horroroso de vértigo y atrae.

Subí diez y siete escalones, de esas escaleras mitad de madera, mitad de ladrillo, con una gruesa balaustrada que nos condujo hasta el corredor.

Dos soldados guardaban la puerta de entrada. Atravesamos una habitacion en donde se veian algunos curiosos, aposento que por una puerta de escape iba á otras habitaciones oscuras, que caian al patio en donde se componia y plegaba el periódico.

Derecho derecho, me dijo Danton, ese es el dominio del regente y de los empleados de la imprenta.

Desde aquella antesala pasamos á un saloncito, no solo bastante limpio, sino hasta elegante, lo que tratándose de Marat sorprendia: verdad es que aquel salon no era de *Marat*; Marat no tenia casa: aquel saloncito era de la infeliz criatura que le daba asilo.

Aquel hombre sanguinario y tenebroso, aquel sombrío pájaro del motin, que no hacia otra cosa que gritar ¡muerte! en todos los tonos, aquel hombre, tanta es la voluntad infinita de Dios, habia encontrado una mujer que le amaba.

Ella era la que habia abierto la ventana para gritar maldicion sobre su asesino.

En la sala no era donde estaba Marat.

En aquel saloncito estaban los íntimos de la casa, los regentes de imprenta, los compositores, los que plegaban y los obreros que de-

pendian y ganaban el sustento por aquel obrero, más pobre que ellos.

Después se llegaba á una habitacioncita oscura, iluminada con dos velas y por la pálida claridad que entraba por la ventana.

Cuando aparecimos en el dintel de la puerta, apoyada yo en el brazo de Danton, que lo dominaba todo con su alta estatura, una mujer de alguna edad se lanzó hácia nosotros como si con sus uñas quisiera arañarnos el rostro.

—¡Una mujer! exclamó; ¡una mujer joven y hermosa! salid de aquí, pécora; este no es vuestro puesto.

Quise huir; Danton me detuvo, estrechando y sujetando mi brazo con el suyo.

Después separó con la mano aquella fúria, la que adivinando se acercaba la muerte á la puerta de Marat, no había querido que entrase Carlota Corday sino á la fuerza.

—Soy Danton, dijo.

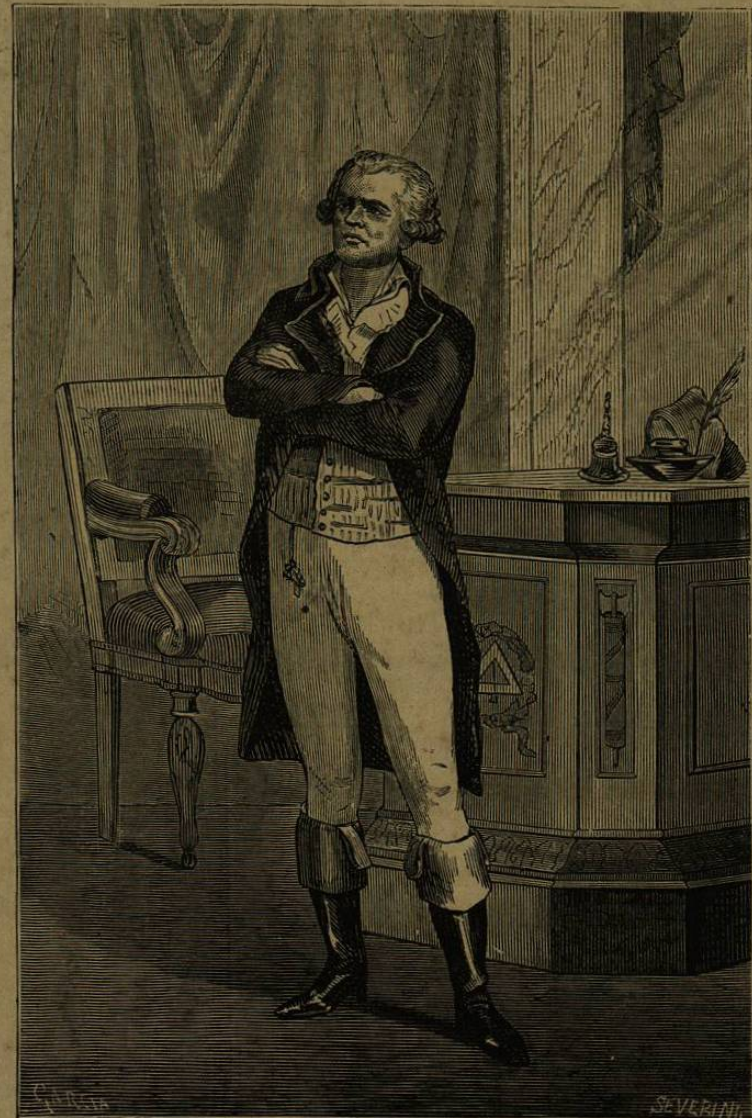
—¡Ah! Sois Danton, dijo Catalina, ¿y habeis querido verle, no es cierto? Comprendo; siempre nos regocija el cuerpo de un enemigo muerto.

Y fué á sentarse en un rincón estenuada.

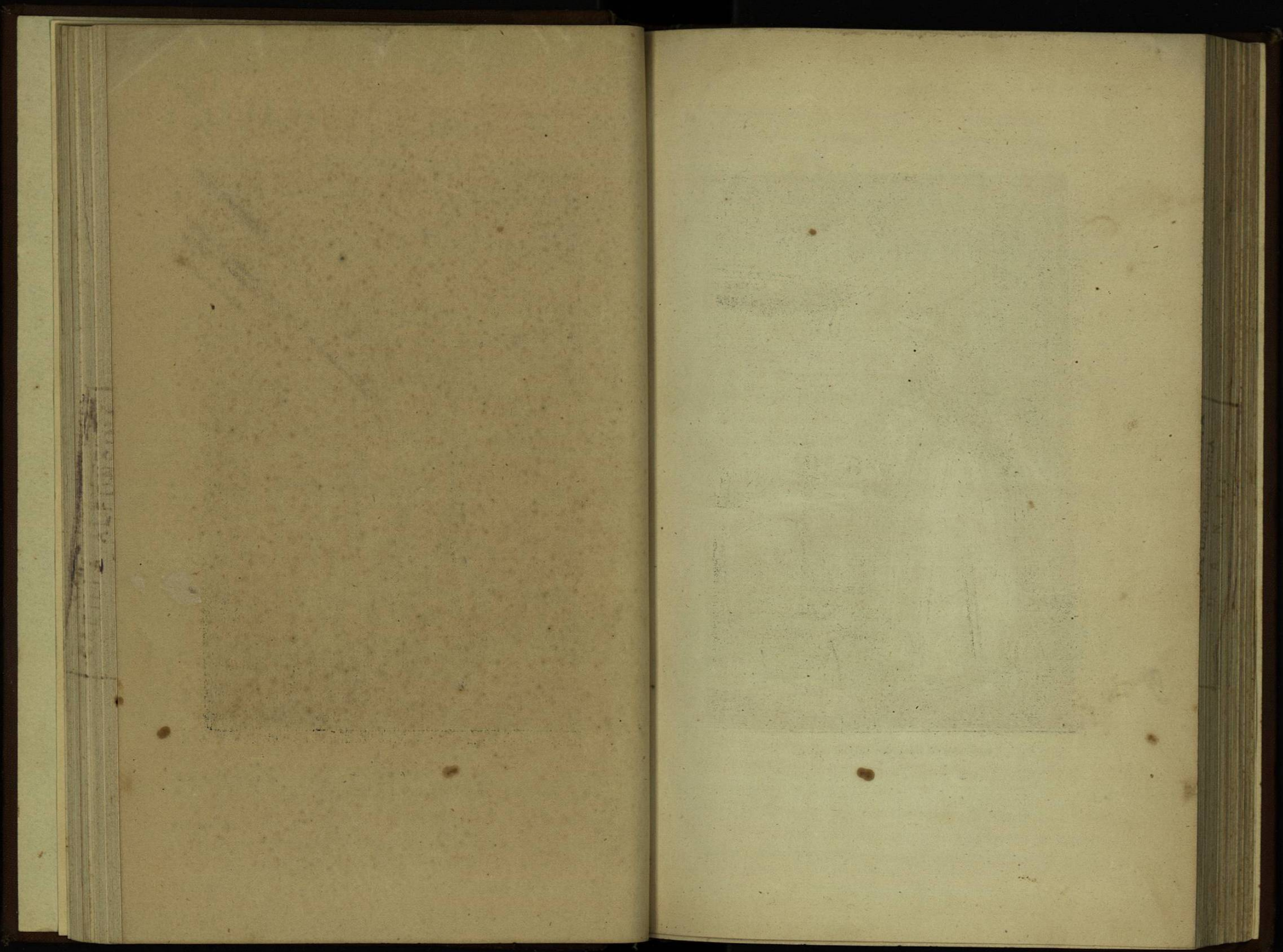
Entonces me encontré á la vista de aquel terrible cuadro que me había atraído.

Sentado delante de una mesita colocada á la cabecera de un baño, y un poco hácia la izquierda, un escribano escribía, dictado por el comisario de policía, que estaba formando el proceso verbal.

A la cabecera del baño estaba una joven de veinticuatro á veinticinco años, con magníficos cabellos sujetos con una cinta verde y la cófia de las mujeres de Calvados. A pesar del calor intenso, á pesar de la lucha que acababa de sostener, su seno estaba cubierto con un pañuelo de seda sólidamente anudado por detrás del talle; el vestido era blanco, pero manchado de sangre. Dos soldados la sujetaban las manos y la dirigian en voz baja injurias y amenazas que ella escuchaba tranquila y con las mejillas sonrosadas; más bien con la sonrisa de la mujer, contenta de sí misma, que con la severidad melancólica del mártir.



DANTON.





Asesinato de Marat por Carlota Corday.

- Aquella mujer era el asesino; era Carlota Corday.  
 A sus piés, en el baño, era en donde el cuadro era repugnante.  
 Marat estaba en el baño y el agua se habia vuelto de color de sangre; Marat, cubierto á medias con una sábana súa, la cabeza echada hácia atrás, la boca más torcida que de costumbre, los brazos colgando fuera del baño, los cabellos recogidos en una servilleta; Marat, con su cútis amarillento y arrugado, parecia uno de esos mónstruos sin nombre que exponen los titiriteros en las férias.
- Y bien, ¿qué os parece? preguntó en voz baja Danton.  
 —¡Silencio! contesté; escuchad.  
 El escribano preguntaba á la acusada:  
 —¿Os reconocéis culpable de la muerte de Juan Pablo Marat?  
 —Sí señor, contestó la jóven con voz firme y vibrante, casi infantil.  
 —¿Quién os ha inspirado el ódio terrible que le habeis manifestado?  
 —Nadie; no necesitaba el ódio de nadie; tenia suficiente con el mio.  
 —Este atentado ha debido de ser sugerido.  
 Carlota sacudió la cabeza, y dijo con dulce sonrisa:  
 —Se ejecuta mal lo que uno mismo no concibe.  
 —¿Qué odiábais en el ciudadano Marat?  
 —Sus crímenes.  
 —¿Qué entendeis por eso?  
 —Las llagas de la Francia.  
 —¿Qué esperabais matándolo?  
 —Devolver la paz á mi país.  
 —¿Creeis haber muerto á todos los Marat? preguntó.  
 —Tal vez muerto este cause miedo á todos los demás.  
 —¿Desde cuándo habeis formado ese plan de asesinato?  
 —Desde el 31 de Mayo.  
 —Contadnos las circunstancias que han precedido al asesinato.  
 —Hoy, al atravesar el palacio real, he buscado un cuchillero y he comprado un cuchillo recién afilado, con mango de ébano.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

—¿Cuánto os costó?

—Dos francos.

—¿Qué habeis hecho despues?

—Le escondí en mi seno, tomé un carruaje en la plaza de Nuestra Señora de las Victorias, y dije al cochero me condujera aquí.

—Continuad.

—Esa mujer no queria dejarme entrar.

—¡Oh! no, gritó Catalina Evrard; tenia un presentimiento; él, el infeliz, gritó: «Dejadla pasar, quiero que pase.» ¡Ah! añadió sollozando, no escapa uno á su destino.

Y se dejó caer sobre una silla.

—¡Pobre mujer! murmuró Carlota mirándola tristemente; ignoraba que pudiera ser amado un mónstruo de su especie.

—¿Qué pasó entre vos y el ciudadano Marat cuando os presentásteis? preguntó el comisario de policía á Carlota.

—Me asusté de la fealdad de este hombre y me detuve cerca de la puerta.

—¿Sois vos, me dijo, quien me habeis escrito para ofrecerme noticias de Normandía?

—Sí señor, contesté,

—Acercaos y dádmelas. ¿Han llegado á Caen los girondinos?

—Sí señor.

—¿Han sido bien recibidos?

—Con los brazos abiertos.

—¿Cuántos son?

—Siete.

—Nombradlos.

—Barbaroux, Péthion, Roland, Louvet y...

No me dejó acabar.

—Está bien, dijo; irán á la guillotina antes de ocho dias.

Esto fué su sentencia de muerte: le herí. No dijo más que estas palabras:

—¡A mí, mi querida amiga!

Y espiró.

—¿Le habeis herido de alto abajo? preguntó el comisario.

—Me obligaba mi posicion.

—Podiais, añadió el comisario, al herirle horizontalmente, haber encontrado una costilla y no haberle matado.

—Tal vez, dijo con su siniestra sonrisa el capuchino Chavot, que estaba allí; tal vez se habria ejercitado de antemano.

—¡Oh! ¡El miserable fraile, dijo Carlota, parece que me toma por un asesino!

Los soldados creyeron que debian vengar á Chavot, y sacudieron bruscamente los brazos de Carlota.

Danton hizo un movimiento para ir hácia ellos.

Le contuve.

—Venid, le dije; ya habeis visto lo que deseábais ver, ¿no es cierto?

—¿Y vos tambien? me preguntó.

—Yo, más de lo que deseaba.

—¡Pues bien! Vámonos.

Al salir encontramos á Camilo Desmoulins, quien, como los demás curiosos, habia acudido.

—¿Tú aquí? le dijo Danton; ¿qué piensas de esto?

—Pienso, contestó Camilo chanceándose como siempre, que es una desgracia no tomar en toda su vida más que un baño para que siente tan mal.

—¡Incorregible! murmuró Danton. No te cortarán la cabeza por una idea, sino por una chanza.